

El Ejército de Chile en el cambio de siglo

Francisco Balart Páez
Doctor en Derecho Público
(U. de Navarra)



Perspectivas

de Historia Militar



PERSPECTIVAS DE HISTORIA MILITAR es una publicación orientada a abordar temas vinculados a la historia militar a fin de contribuir a la formación de opinión en estas materias.

Los artículos están principalmente dirigidos a historiadores, académicos y público general que se interesen en la historia.

Estos artículos son elaborados por investigadores de la Academia de Historia Militar, pero sus páginas se encuentran abiertas a todos quienes quieran contribuir al pensamiento y debate de estos temas.

EL EJÉRCITO DE CHILE EN EL CAMBIO DE SIGLO

Por
Francisco Balart Páez*

* Doctor en Derecho Público (U. de Navarra)

Las opiniones contenidas en los artículos que se exponen en la presente publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento de la Academia de Historia Militar.

Se autoriza la reproducción del presente artículo, mencionando la Perspectiva de Historia Militar y el autor.

La dirección de la revista se reserva el derecho de edición y adaptación de los artículos recibidos.

EL EJÉRCITO DE CHILE EN EL CAMBIO DE SIGLO

ABSTRACT

Breve ensayo historiográfico que retrata las vicisitudes del tránsito del siglo XIX al XX en Chile, en los ámbitos político, económico, social y cultural, pero manteniendo su eje en el Ejército de Chile y en los militares chilenos. El escrito busca establecer las formas de cómo el mundo castrense nacional fue acomodándose a las nuevas realidades del país, pero también como fue observando atentamente aquellos cambios que, de una forma u otra, impactaban en su quehacer cotidiano.

Una bandera no necesita hablar. Su muda presencia explica muchas cosas, y a veces, todo. Así, en enero de 1881, el tricolor izado en el Palacio de Los Virreyes evidenció en Lima una victoria militar decisiva sobre una desdichada nación; una nación que a pesar de sus desgarros internos e incluso de haber sido abandonada en plena contienda por el aliado que la había arrastrado a esa guerra, se batió con valor, cayendo al fin sin mella en su honor. Sin embargo, más allá de todo aquello, en aquél momento esa bandera señaló el apogeo del siglo fundacional de la República de Chile, su siglo XIX. A fin de cuentas, los chilenos habían vencido gracias a la superior organización de su Estado y al empuje proporcionado por un conjunto de virtudes cívicas cultivadas desde antaño, tanto en su tradicional capa rectora como en la masa popular. Inevitablemente —porque luego de alcanzar su cenit el curso de una trayectoria sólo puede ser descendente—, a poco andar, el brillo del triunfo fue opacado por la eclosión de una serie de conflictos políticos y sociales.

Las dificultades políticas se salieron de cauce cuando unas tensiones larvadas en el seno de la élite chilena durante al menos tres lustros, cristalizaron en dos bandos: uno que defendía la vigencia de un orden político encarnado en la preeminencia de la autoridad presidencial —el “resorte principal de la máquina”, lo había llamado seis décadas atrás su fundador, el ministro Diego Portales—; mientras el otro, que compartía en gran medida la misma sangre y era igualmente patriota, sostenía un ideario animado por un espíritu diferente, cercano al *zeitgeist* del liberalismo europeo, identificando la legitimidad con la voluntad ciudadana expresada en el Congreso Nacional. Hasta ese momento, las divergencias habrían podido circunscribirse al educado debate parlamentario si el desenlace de la reciente guerra con Perú y Bolivia no hubiera puesto a disposición del vencedor la enorme riqueza generada por la explotación del salitre, un material apetecido por la agricultura en tiempo de paz por sus cualidades como fertilizante e inapreciable en tiempo de guerra como elemento necesario para la fabricación de la pólvora. Mineral que también por un capricho de la naturaleza sólo se encontraba en cantidad inagotable y prácticamente a ras del suelo en el desierto de Atacama. El Gobierno del Perú había expropiado en 1875 la industria salitrera ubicada en Tarapacá, pagando a sus dueños con bonos a largo plazo. Chile, al ocupar dicha provincia, reconoció la validez jurídica de los bonos peruanos en manos de particulares, sin hacer

cuestión de su nacionalidad, participando en los beneficios del negocio por la vía tributaria. Así, de manera fortuita, puesto que no había buscado la guerra ni menos había imaginado expandir así su territorio, la pequeña y más bien autárquica economía del país quedó súbitamente engranada con el sistema económico mundial y el sello *chilean nitrate* pasó a ser una especie de documento de identidad del país en el concierto internacional. Los impuestos que gravaron la comercialización del salitre colmaron rápidamente el erario y por eso fue innecesario imponer aquí impuestos personales a la renta para financiar la actividad fiscal. En efecto, gracias al salitre fue posible levantar obras de infraestructura hasta entonces impensables —escuelas, puertos, hospitales, cuarteles, etc.— todo lo cual podría simbolizarse con el trazado de una red ferroviaria percibida por los contemporáneos como insignia del futuro desarrollo nacional. De hecho, en 1912, cuando el territorio quedó finalmente unido por el ferrocarril entre Puerto Montt e Iquique, todos los poblados con más de mil habitantes se encontraban a menos de diez kilómetros de una estación en la línea longitudinal o sus ramales y era posible trasladar sobre rieles bienes y personas a Buenos Aires y a La Paz, por ejemplo. No obstante, bajo la unidad de propósitos que habían permitido concluir la guerra sin alterar la normalidad interna ni requerir empréstitos extraordinarios, apenas finalizada la contienda se hicieron patentes dos maneras diferentes de apreciar cuál orientación convenía dar a tan abundante fuente de recursos, esto es, holgura financiera para el capital privado o capital nacional destinado desde el Gobierno a la industrialización del país. Esa discusión radicalizó al interior de la dirigencia nacional la brecha política recién mencionada, una tensión que se presentó envuelta públicamente en exigencias de auténtica libertad electoral y descentralización territorial en el nivel comunal. La mezcla de tales ingredientes resultó explosiva. Con la tinta de las páginas más gloriosas de la chilenidad aún frescas de actualidad, las fuerzas centrípetas de entonces, energizadas por el orgullo de casta de la élite, desestabilizaron el edificio institucional y generaron una crisis cuyo desenlace fue la Guerra Civil de 1891.

Como este dramático acontecimiento no obedeció ni por asomo a una división de la sociedad en bandos contrapuestos, sino a las visiones antagónicas que sobre el ejercicio de la autoridad presidencial tenían sus sectores más influyentes, en la lucha que siguió no hubo populacho, barricadas ni montoneras, sino amplias operaciones de dos ejércitos regulares maniobrando en teatros tan distantes como lo está Londres de San Petersburgo. ¿Por qué el Ejército y la Armada no actuaron de común acuerdo en ese momento crucial? La interpretación que ha predominado la formuló Alberto Edwards: “La Marina, de formación europea y británica, empapada en el constitucionalismo burgués del siglo XIX, y en íntimo contacto con los círculos monttvaristas o radicales, acompañó al Congreso; el Ejército, más criollo y tradicionalista, más fiel al espíritu de obediencia pasiva al jefe visible del Estado, más español y monárquico, en una palabra, acompañó, no a Balmaceda, sino al Presidente de la República.”¹ Pero ambas fuerzas militares, a diferencia de lo que había sucedido un cuarto de siglo atrás en Norteamérica y ocurriría más adelante en España, combatieron aquí bajo la misma bandera.

Por eso, las inevitables heridas morales generadas por el conflicto sanaron con rapidez: las leyes de amnistía que la situación recomendaba fueron dictadas y respetadas, al punto que, en 1894, los balmacedistas estaban de regreso en la vida pública. Pero la

¹ Alberto Edwards Vives, *La fronda aristocrática* (1928), Editorial del Pacífico, Santiago, 1972, p. 172.

reconciliación en el interior del sector dirigente —quizá por su sabiduría ancestral, el pueblo no suele dividirse hasta el desprecio por cuestiones ideológicas—, no significó que el orden de cosas permaneciera igual. Por el contrario, el Chile viejo y el antiguo Ejército sucumbieron en Concón y Placilla.

El bando triunfante no estimó del caso modificar la Constitución, vigente desde 1833, para instituir un régimen de gobierno afín al sentimiento de *laissez faire, laissez passer* que por entonces alcanzaba su apogeo en la Europa burguesa, imaginando que eso bastaba para convertir a Chile en una realidad similar, o al menos para encaminarlo hacia esa meta, obviando la escarpada evolución moral, técnica e institucional que había hecho posible que “en el año 1800 Europa controlaba el 35% de la superficie terrestre del mundo; en 1878 esta cifra se había elevado al 67%; y en 1914, más del 84%.”² De hecho, la aristocracia devenida en plutocracia abdicó de su rol conductor y en lugar de conducir al conjunto de la población hacia el desarrollo, sintiéndose amenazada, se encastilló en una posición defensiva. Así, en los siguientes treinta años se limitó a proveer desde los cenáculos partidistas de la capital la tripulación del Congreso Nacional, sometiendo al Presidente de la República mediante el control del nombramiento y cese de sus ministros a través de un mecanismo de censura de dudosa constitucionalidad, aplicado incluso con displicente frivolidad. Con gracia inimitable, Joaquín Edwards Bello lo graficó diciendo: “Los ministerios tienen una vida tan corta que parece como si el fotógrafo de La Moneda les apuntara con bala.”³ Así, Federico Errázuriz Echaurren gobernó con 17 gabinetes diferentes en su quinquenio, al igual que su primo y sucesor Germán Riesco; Pedro Montt lo hizo con 11 y Ramón Barros Luco y Juan Luis Sanfuentes bregaron con 15 gabinetes. Tal grado de volatilidad del órgano de trabajo de La Moneda, en un país que era y continúa siendo porfiadamente centralizado, pronto llevó a la parálisis gubernamental. El epítome del espíritu dominante, Ramón Barros Luco, inmortalizó la frase “no hay sino dos clases de problemas en política: los que se resuelven solos y los que no tienen solución.” Pero en honor a la verdad, ya tempranamente, en 1894, uno de los patricios más destacados de la época, Francisco Valdés Vergara, lo había confesado con inusitada franqueza: “Duro es reconocerlo, pero los hombres que hicimos la revolución con la mejor de las intenciones, hemos causado daños mayores que los bienes prometidos.”⁴

La explotación a gran escala del nitrato —que bordeaba el medio millón de toneladas de salitre exportadas anualmente a fines de la década de 1880 y fue creciendo hasta alcanzar tres millones de toneladas en 1914— trazó sobre el desierto de Atacama un archipiélago de instalaciones fabriles con campamento incluido, las oficinas salitreras, que en términos económicos constituían un enclave de la modernidad industrial en un país que todavía transitaba la fase agrícola de su desarrollo.⁵ Así las cosas, no puede extrañar que haya sido justamente allí donde aparecieron las primeras manifestaciones locales de un fenómeno de

² Paúl Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, Debolsillo, Barcelona, 2005, p. 247.

³ Roberto Merino (Ed.), *Joaquín Edwards Bello, Crónicas reunidas*, Universidad Diego Portales, Santiago, 2008, T. 1, p. 259.

⁴ Citado en Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Editorial Universitaria, Santiago, 1986, p. 109.

⁵ Según el censo practicado en 1907, Chile contaba con 3.249.279 habitantes, de los cuales el 43% fue clasificado como urbano; pero considerando como población urbana la establecida en agrupaciones de más de mil habitantes, criterio que dista mucho de la masa crítica necesaria para generar una cultura efectivamente urbana. A modo de comparación, vale la pena indicar que en los mismos años Argentina apenas bordeaba los cuatro millones de habitantes, de los que 800.000 eran italianos recién desembarcados.

alcance global, la llamada “cuestión social”, flemáticamente descrita por los ingleses como “la décima parte oculta” del conjunto de cambios socioeconómicos que, al haber incrementado espectacularmente su productividad por medios técnicos —no consiste en otra cosa la Revolución Industrial—, les encumbró a la cabeza del último imperio donde efectivamente nunca se ponía el sol.⁶ Puede ser útil precisar que por cuestión social se entiende un fenómeno social complejo, que atraviesa gran parte del siglo XIX y se interna en el siglo siguiente, cuyo rasgo esencial es la dislocación de la estructura patriarcal de la sociedad, ocurrida como consecuencia de un nuevo modo de producción, basado en el maquinismo, que desarraigó de su hábitat rural y de los vínculos que le son propios a cientos de miles de personas que se desplazaron a las ciudades, donde se ubicaban las fábricas —e incluso muchos emigraron a otro continente, buscando nuevos horizontes para mejorar sus vidas—. Como esta vertiginosa transformación de las relaciones comunitarias ocurrió en una atmósfera moral de darwinismo social, aunque una parte sustancial de la población logró dejar atrás su pasado y ganó en independencia económica y social, una porción no menor de los campesinos quedó hacinado en condiciones abyectas en las barriadas urbanas, convertido ahora en proletario. Esto creó las condiciones de un fermento revolucionario de nuevo cuño: sus aspiraciones no serían ya políticas, como en 1789, ni nacionalistas, como en 1848, sino socioeconómicas. No deja de ser significativo, en ese contexto, que el Manifiesto Comunista se haya publicado por primera vez en Londres, en febrero de 1848.

Aquella ola industrializadora produjo efectos similares en todas partes y el malestar social de quienes no lograron torcerle la mano al destino, catalizado en clave revolucionaria, cundió velozmente. Alemania fue pionera en comprender que no bastaba la represión para asegurar el orden público y la propiedad privada, bienes amenazados por huelgas y desórdenes cada vez más amplios y, haciéndose cargo del problema, Bismarck puso los fundamentos de lo que llegaría a ser la seguridad social. También terció la Iglesia, que dando un giro significativo al tipo de asuntos que hasta entonces le habían ocupado, fijó la posición de los católicos frente a la cuestión social en la encíclica *Rerum Novarum*, promulgada por León XIII en 1891, la cual describe en sus primeras líneas lo esencial de la situación: “los adelantos de la industria y de las artes, que caminan por nuevos derroteros; el cambio operado en las relaciones mutuas entre patronos y obreros; la acumulación de las riquezas en manos de unos pocos y la pobreza de la inmensa mayoría; la mayor confianza de los obreros en sí mismos y la más estrecha cohesión entre ellos, juntamente con la relajación de la moral, han determinado el planteamiento de la contienda.” No le faltaba razón: aquella contienda sería uno de los asuntos cruciales del siglo XX y, hasta cierto punto, en adelante la determinación concreta de todas las posiciones del arco político tendría como punto de referencia la cuestión social.

En Chile, el Estado no se hizo cargo de las causas de la cuestión social, y tampoco bregó eficazmente con sus efectos. A un puñado de filántropos y al Partido Conservador — por entonces el brazo político de la Iglesia— les corresponde el mérito de haber creado e impulsado las primeras iniciativas de bien público en ese terreno.

Paralelamente, en los mismos años en que el Fisco chileno descansó en los ingresos producidos por la exportación del salitre y en que en la zona salitrera del país fueron

⁶ Jacques Barzun, *Del amanecer a la decadencia. Quinientos años de vida cultural de Occidente*, Santillana Ediciones Generales, México, 2008, p. 1007.

apareciendo graves manifestaciones de la cuestión social, el Ejército y la Armada avanzaron resueltamente hacia su profesionalización. La Marina de Guerra, encabezada por el almirante Jorge Montt entre 1891 y 1913 —los cinco primeros años como Presidente de la República y los siguientes como Director General—, tuvo una época de esplendor: Chile llegó a contar con la escuadra más poderosa del Pacífico. Y el Ejército, que como fuerza terrestre del bando congresista había sido encabezado por los oficiales que más resueltamente deseaban su modernización en el molde prusiano —singularmente Emil Körner y Jorge Boonen, que desempeñarían el cargo de Inspector General del Ejército, entre 1904 y 1910, y entre 1910 y 1920, respectivamente—, tuvo asegurada la continuidad a ese empeño. De hecho, no sólo se contrató una misión militar alemana que tuvo presencia durante algo más de treinta años, naturalmente con desigual intensidad, sino que “entre 1893 y 1914, de los cerca de 800 miembros del cuerpo de oficiales chilenos, unos 150 de ellos sirvieron en menor o mayor tiempo en el ejército prusiano.”

A principios del siglo XX Chile contaba indiscutiblemente con el ejército de tierra más moderno de América Latina.⁷ De hecho, antes de la Gran Guerra, mientras siguieron siendo alumnos de los alemanes, ellos mismos se convirtieron en profesores en numerosos países de Centro y Sudamérica. Al cabo de unos años, aunque no ocurrió la guerra con Argentina que constituía el imperativo tácito de la prusianización —también allá, en 1896, se contrató una misión militar alemana—, comenzó a ser visible el cumplimiento de una ley sociológica que mucho después enunciaría Wright Mills: “El origen social y sus antecedentes inciden menos en el carácter del militar profesional que en cualquier otro grupo social.”⁸ Tal vez por ello, los oficiales formados en la escuela germana nunca llegaron a identificarse con un régimen en el que “la Presidencia de la República formaba parte del patrimonio de un círculo aristocrático.”⁹ Pero, asimismo, se creó una brecha profesional entre los jóvenes técnicos, formados en la concepción científica de la guerra, y los oficiales más antiguos, ingresados a las filas del Ejército Constitucional en 1891 desde la universidad o el ejercicio de una profesión liberal.

En contraste con la educación recibida en la Escuela Militar, y sobre todo con lo que observaban cuando eran destinados a la Alemania imperial, la realidad que envolvía al segmento más joven del cuerpo de oficiales, en contacto cotidiano con la tropa, era decepcionante. Lo que ellos percibían en toda su crudeza eran los síntomas de la decadencia de una nación que se estaba consumiendo con rapidez.¹⁰

Hasta 1900, año en que se promulgó la Ley de Reclutas y Reemplazos del Ejército y la Armada, el sistema de conscripción en tiempo de paz había sido el enrolamiento temporal de voluntarios, normalmente campesinos de la zona central del país; pero el servicio militar

⁷ Ferenc Fischer, “La expansión (1885-1918) del modelo militar alemán y su pervivencia (1919-1933) en América Latina”, en Revista del CESLA N°11, Varsovia, 2008, pp. 135-160. Las citas en pp. 137 y 140.

⁸ Charles Wright Mills, *La élite del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, p. 185.

⁹ Carlos Sáez Morales, *Recuerdos de un soldado*, Ercilla, Santiago, 1933, T.1, p. 12.

¹⁰ El índice de mortalidad infantil sigue siendo el decisivo en esta materia. En el cambio de siglo era un tema debatido públicamente y con la intención de paliar sus efectos se creó en 1901 el Patronato de la Infancia. El Mercurio, en un editorial publicado el 31 de julio de 1915, decía: “Los niños fallecen en una proporción que es una vergüenza, a un ritmo que solo tienen los países incivilizados, y los que sobreviven, para ser hombres y mujeres futuros, se debaten en medio de todos los abandonos. Remediar esto es hacer obra de patriotismo.” Las cifras: en el período 1917-1921, la mortalidad infantil era un terrorífico 27,4%.

obligatorio —el primero de su tipo en América, concebido por Körner como una pieza fundamental del nuevo Ejército que proporcionaría soldados, reservas instruidas y que además sería un factor de integración nacional—, alteró sustantivamente la composición del contingente. En efecto, desbordó anualmente los cuarteles con miles de reclutas de distinta procedencia, pero, en general, de modestísima cuna, mal preparados para la vida —el primer contingente, el del año 1901, contabilizó un 70% de analfabetos, casi todos carentes de hábitos de higiene y disciplina—, jóvenes para los cuales ser soldados representaba una suerte de peldaño de ascenso social en su medio, y a veces la única posibilidad de escapar a su ambiente. Como reacción, por iniciativa de los oficiales —no del Gobierno—, se establecieron escuelas primarias en los regimientos, lo que más tarde se regularizó y pronto llegó a ser normal que un profesor normalista integrara la dotación en muchas unidades. Huelga decir que los hijos de los segmentos medios y elevados de la población encontraron mil motivos para ser excluidos de esta carga cívica, es decir, una actitud exactamente opuesta a lo que predominaba por entonces en la tan admirada Alemania.

La realidad social develada por el contingente no hacía más que confirmar los estragos que estaba produciendo la cuestión social, una situación de inequidad que los grupos dirigentes se negaban a mirar a los ojos. En efecto, indiferente a la irritación que provocaba —Adam Smith había advertido hacía mucho que “para la mayoría de los ricos, el mayor goce de la riqueza consiste en hacer ostentación de la misma”¹¹—, el sector privilegiado de la sociedad estaba disfrutando su achampañada *belle époque* cuando se escuchó en el norte un ruido sordo que enturbiaría la fiesta.

El descontento social estalló de lleno en la zona salitrera y con menor intensidad en los incipientes sectores industriales de Valparaíso y Santiago. Un régimen político tan enquistado en los salones y tan alejado de la realidad como el parlamentarismo “a la chilena”, no estaba ni de lejos capacitado para enfrentar este tipo de dificultades, sin duda reales, pero agitadas en los campamentos mineros de la zona salitrera por nuevos actores políticos, marginales al sistema imperante. Y como en lugar de enfrentar las causas de los reclamos, los agentes del gobierno se limitaron a reprimir a los obreros recurriendo a la fuerza pública, el asunto adquirió ribetes de dolorosa tragedia cada vez que los trabajadores en huelga bajaron desde la pampa a Iquique para manifestarse junto a sus familias: como no existía un cuerpo policial entrenado para controlar localmente los disturbios, se ordenaba restituir el orden público mediante la acción de tropa y marinería desplegada al efecto, con sangrientas consecuencias. En tal contexto resulta comprensible que la fuerza germinal del comunismo criollo, el Partido Obrero Socialista organizado en 1912 por Luis Emilio Recabarren a partir de una escisión del Partido Demócrata, haya sostenido como cuestión de principios que la razón de ser de las Fuerzas Armadas era proteger los intereses de la clase dominante.¹²

¹¹ Adam Smith, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776), cap. 11, parte II.

¹² Luis Emilio Recabarren, en “¿Para qué sirve el Ejército?”, artículo publicado en el periódico *La voz del puerto*, Valparaíso, 9 de junio de 1904, recogido en Ximena Cruzat y Eduardo Devés, (recopiladores), *Recabarren. Escritos de prensa*, Terranova, Santiago, 1985, T. I, p. 27, señala un punto de vista que no variará hasta la intervención militar de 1924: “Los capitalistas han inventado la farsa del patriotismo para engañar al pueblo y calificar de criminal y antipatriota toda propaganda que se haga para abrir los ojos al pueblo. Si fuera cierto que el ejército es para defender la patria, irían también los ricos a cumplir con ese deber.”

El empleo del Ejército en dicho cometido no podía menos que desvirtuar la función militar, hiriendo el pundonor del cuerpo de oficiales, situación que lejos de pasar inadvertida se convirtió en materia de discusión incluso en la universidad. Así lo prueba una memoria de título del año 1901 que hizo ruido: “Al Ejército le competen misiones en el orden internacional, en el orden interior del Estado y en el cumplimiento de las decisiones gubernativas. (...) En el orden interior no es policía porque su función es de Seguridad Nacional y entraña, por consiguiente, un carácter colectivo en el sujeto de su acción, bien distinto al papel de guardián del orden público que a menudo se le atribuye.”¹³

Pero no sólo la conservación del orden público desbordó a la autoridad ejecutiva, reducido a la impotencia por la persistente obstrucción parlamentaria. La solución de los problemas nacionales de todo orden fue siendo postergada *sine die*, al mismo ritmo que los sectores medios de la sociedad —profesionales, militares, profesores, funcionarios públicos, comerciantes— se iban desencantando de la actividad pública. El año 1900 el tribuno Enrique Mac Iver describió el estado de ánimo de la población: “Me parece que no somos felices; se nota un malestar... el presente no es satisfactorio y el porvenir aparece entre sombras que producen intranquilidad... ¿Qué ataja al poderoso vuelo que había tomado la república y que había conducido a la más atrasadas de las colonias españolas a la altura de las primeras naciones hispanoamericanas?” A su juicio, la nación chilena estaba afectada por una enfermedad moral: “Hablo de la moralidad que consiste en el cumplimiento de su deber —decía—; esa alta moralidad, hija de la educación intelectual y hermana del patriotismo, elemento primero del desarrollo social y del progreso de los pueblos.”¹⁴ En realidad, ¿cómo podía entusiasmar a las capas medias, el sector que estabiliza a la sociedad, una democracia que celebraba puntualmente sus ritos, pero carecía de rumbo y envilecía la voluntad ciudadana por el cohecho, destinado a asegurar entre la masa proletaria, especialmente en provincias, el triunfo de los hombres escogidos por los caciques partidistas? La cuestión tiene calado, porque “un gobierno que no pueda confiar en su clase media será, casi seguramente, incapaz de confiar en la continua lealtad de su ejército.”¹⁵

La celebración del Centenario, hito con el que concluye el siglo fundacional de la República, fue un punto de inflexión. Por una parte, la alegría de la fiesta a lo largo del país y el patriótico orgullo manifestado en todos los segmentos sociales, como se percibió en la multitud conmovida al paso de varios miles de veteranos del 79 en el Parque Cousiño y el correspondiente desfile en las ciudades cuyos jóvenes se habían enrolado para completar los viejos batallones y para formar los organizados para aquella campaña; por otra parte, inquietantes signos de desaliento colectivo. Con acierto se ha denominado “los ensayistas de la crisis” a lo más granado de la intelectualidad chilena de la época —Francisco Encina, Emilio Rodríguez Mendoza, Alejandro Venegas, Tancredo Pinochet y Alberto Cabero, entre otros—, quienes advirtieron la inminencia del desplome si el espíritu nacionalista no

¹³ Rafael Barahona San Martín, *El Ejército como órgano del Estado*, Memoria de Grado para optar a la Licenciatura en Leyes y Ciencias Políticas, Imprenta Intendencia General del Ejército, Santiago, 1901, p. 44. El autor, capitán de ejército, fue Ministro del Interior entre el 19 de diciembre de 1924 y el 23 de enero de 1925. Después, Senador por Aconcagua y Valparaíso en la legislatura 1926-1934.

¹⁴ Enrique Mac Iver, *Discurso sobre la crisis moral de la República*, Imprenta Moderna, Santiago, 1900. Está recogido en Hernán Godoy, *Estructura Social de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1971. La cita en pp. 283 y 286.

¹⁵ Katharine Chorley, *Armies and the Art of Revolution*, Londres, 1943, p. 78. Citado por Claudio Véliz, *El conformismo en América Latina*, Editorial Universitaria, Santiago, 1970, p. 87.

reemplazaba con energía al blando *laissez faire, laissez passer*.¹⁶ Como inesperado símbolo de la ambivalencia del Centenario, le cupo presidirlo accidentalmente a Emiliano Figueroa Larraín, bisnieto del comandante Tomás de Figueroa, fusilado el 1 de abril de 1811 en el Convento de Santo Domingo tras el motín contrarrevolucionario que encabezó en la capital.

Al igual que en Europa, y por contagio en el resto del orbe, el estallido de la Gran Guerra en agosto de 1914 significó para Chile una catástrofe. No porque se hubiera involucrado de algún modo en ella —por el contrario, mantuvo una estricta neutralidad— sino porque el bloqueo a que fue sometida Alemania, tronchó el comercio del salitre con su principal socio comercial. En 1917 la industria alemana inició la producción industrial del salitre sintético cuya fórmula habían elaborado los científicos Fritz Haber y Carl Bosch y, en adelante, al salitre natural le fue muy difícil competir en ese mercado. La producción siguió creciendo mientras el precio se derrumbaba —en 1928, vísperas de la Gran Depresión, fue de 3.233.321 toneladas—; pero la actividad estaba herida de muerte y en 1933 sólo alcanzó a 437.655 toneladas, esto es, similar a la de cuatro décadas atrás. El efecto en las finanzas públicas fue desastroso porque nadie había imaginado seriamente una contingencia de esa naturaleza. Así se explica que el presidente Juan Luis Sanfuentes, en entrevista publicada en *El Mercurio* el 18 de septiembre de 1915, es decir, recién proclamado en el cargo, haya señalado que “mi programa es la economía y a ella subordinaré todos los actos de mi gobierno,” una afirmación a primera vista sensata, pero que deja de serlo al advertir el grado de incompreensión del proceso histórico en curso que encierra. En realidad, no eran las consecuencias económicas de la paz —título de un clásico texto de lord Keynes sobre las negociaciones que culminaron con el Tratado de Versalles (1919)—, las que forzaron el término de una época y el inicio de otra, diferente en su ritmo y en los valores predominantes, sino la entrada triunfal de las multitudes en la existencia política de las naciones. Arturo Alessandri Palma, en cambio, lo intuyó. Por eso fue el estadista que condujo a Chile hacia el siglo XX.

Nacerá, pues, nuestro siglo XX en medio de dolores de parto. Sin embargo, no sería justo despedir al siglo fundacional dejando la impresión de que todo iba cuesta abajo. Por el contrario, en el nivel más profundo de la nacionalidad, en los años del cambio de siglo se perfiló con nitidez el término del proceso de fusión étnica iniciado hacía tres siglos. El mestizaje se expresó a partir de entonces en un tipo humano singular, cuyo modo de ser se aleja notoriamente del que exhiben sus vecinos, hecho que no dejó de llamar la atención de los observadores extranjeros. Hermann von Keyserling, por ejemplo, que recorrió América del Sur en 1927, hará constar respecto a Chile que “nace ahí un pueblo nuevo. (...) De los argentinos por un lado y de los peruanos por el otro, se diferencian ya actualmente los chilenos más y más profundamente que los alemanes de los franceses. (...) Sus aptitudes militares son impares en todo el continente.”¹⁷ Alcanzar el rasgo propio, la individualidad colectiva, tienen importancia capital en la trayectoria de una nación joven: sólo puede integrarse a otros y hacer obra en común lo que previamente existe.

¹⁶ Véase, Cristián Gazmuri (ed), *El Chile del Centenario. Los ensayistas de la crisis*, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2001.

¹⁷ Conde von Keyserling, *Meditaciones Suramericanas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1933, pp.111 y 114.

BIBLIOGRAFÍA

- Barahona San Martín, Rafael *El Ejército como órgano del Estado*, Memoria de Grado para optar a la Licenciatura en Leyes y Ciencias Políticas, Imprenta Intendencia General del Ejército, Santiago, 1901.
- Barzun, Jacques, *Del amanecer a la decadencia. Quinientos años de vida cultural de Occidente*, Santillana Ediciones Generales, México.
- Chorley, Katharine, *Armies and the Art of Revolution*, Londres, 1943. Citado por Véliz, Claudio, *El conformismo en América Latina*, Editorial Universitaria, Santiago, 1970.
- Edwards Vives, Alberto, *La fronda aristocrática*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1972.
- Fischer, Ferenc, “La expansión (1885-1918) del modelo militar alemán y su pervivencia (1919-1933) en América Latina”, en *Revista del CESLA* N°11, Varsovia, 2008.
- Gazmuri, Cristián (ed), *El Chile del Centenario. Los ensayistas de la crisis*, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2001.
- Góngora, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Editorial Universitaria, Santiago, 1986.
- Kennedy, Paul, *Auge y caída de las grandes potencias*, Debolsillo, Barcelona, 2005.
- Mac Iver, Enrique, *Discurso sobre la crisis moral de la República*, Imprenta Moderna, Santiago, 1900. Está recogido en Hernán Godoy, *Estructura Social de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1971.
- Merino, Roberto (Ed.), *Joaquín Edwards Bello, Crónicas reunidas*, Universidad Diego Portales, Santiago, 2008.
- Recabarren, Luis Emilio, “¿Para qué sirve el Ejército?”, artículo publicado en el periódico *La voz del puerto*, Valparaíso, 9 de junio de 1904, recogido en Cruzat, Ximena y Devés, Eduardo (recopiladores), *Recabarren. Escritos de prensa*, Terranova, Santiago, 1985.
- Sáez Morales, Carlos, *Recuerdos de un soldado*, Ercilla, Santiago, 1933.
- Smith, Adam, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, 1776.
- Von Keyserling, Conde, *Meditaciones Suramericanas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1933.
- Wright Mills, Charles, *La élite del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.